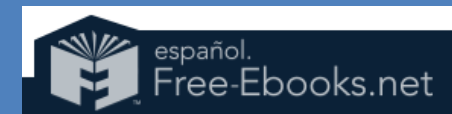


LA PERRA QUE LLORA



RAMÓN E. AZÓCAR A.

NOVELA



2018

2da Edición



Ramón Eduardo Azócar Añez (Guanare, 1968), escritor de dilatada trayectoria en ensayística, narrativa y poesía; docente universitario, cultivador del verso libre, desde una temática metafísica y existencial.

LA PERRA QUE LLORA

Ramón E. Azócar A.

Ramón E. Azócar A.

LA PERRA QUE LLORA

(NOVELA)

2018

LA PERRA QUE LLORA (Novela)

© 1era Edición. Ramón Eduardo Azócar Añez, 2005.

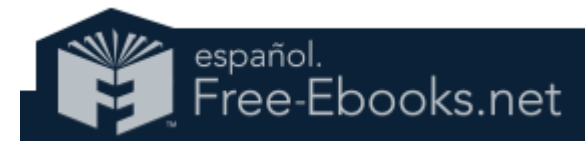
© 2da Edición. Ramón Eduardo Azócar Añez, 2018.

Hecho el depósito de Ley:

DEPÓSITO LEGAL:

Lf: 993300490077

I.S.B.N.: 680-6926-03-4.



DEDICO:
*A la memoria
de Ángel J. Cappelletti
(1927-1995), a quien
le gustaban las historias extrañas y
profundas como esta...*

*...El nacimiento es la trampa
que la muerte tiende a la existencia
para persuadirla de que
es posible ser...*

ALBERTO JIMÉNEZ URE

(“XLVIII. El Nacimiento”. **ILUMINADO**.
Barquisimeto-Venezuela, Fondo Editorial de la
Universidad “Lisandro Alvarado, 2003, p. 64)

1

Son casi las siete de la mañana. En estos días de mayo amanece más temprano que de costumbre; el invierno apura el deshidratar de las nubes y los rayos solares golpean con insistencia los escaparates hasta posarse en los contornos de las sábanas que cubren mi figura.

Estoy tendido, dormitando, acalorado por el fuego interior que aún no se apaga. La puerta está cerrada pero temo que mis padres se enteren que estoy en la cama con Sofía. No es prudente que se enteren de esta forma ¡Por Dios! ¡Es mi hermana!

Tembloroso, aún erecto, me levanto. Con un beso cerca de su oído alcanzo a despertarla. “Qué sucede papi”; despierta, los viejos están por pararse y si te encuentran acá las

cosas se nos complicarán. “Okey. No te preocupes, ya voy saliendo”. Antes de partir toma mi pene y lo besa compulsivamente hasta llevarlo al final. Con los ojos cerrados quedo tendido en la cama. Temo que las cosas se estén complicando. Sofía es una niña de apenas quince años, yo tengo treinta, soy su hermano mayor; este asunto es muy confuso para mí, aunque definitivamente yo tengo mis culpas, nunca debí incitar el fuego, jamás debí consumir las llamas.

Desde hace unos años estoy viviendo fuera de la ciudad de Guanare, capital de uno de los estados agrícolas por excelencia de Venezuela; me gradué de abogado y llevo casado más de quince años. Si bien es cierto que exploré el amor muy joven, jamás sentí que me hubiera enamorado. Sólo fui un muchacho precoz pero dilatado en lo que a sentimientos de pareja se refiere; hasta mis veinticinco años llegué a pensar que ese desamor era un llamado interior a otras cosas, a mi potencial homosexual no explorado o a mi condición de sacerdote no reconocida. Algo pasaba y no tenía elementos con qué contrastar y

responderme. Me encontraba en un gran laberinto, el cual se disipó en la fiesta de quince años de mi hermana menor.

Me llamaron a eso de las diez de la mañana a mi bufete. Era papá anunciándome que Sofia Cristina llegaba ya a sus quince años y que le haríamos el tradicional baile en el Club Hispano de Guanare; le manifesté al viejo que me encontraba cargado de trabajo, que sería difícil poder asistir, pero que le prometía que llamaría a Sofia personalmente para disculparme en caso de que ello ocurriera. Papá me manifestó, casi en forma de ultimátum: “Tienes que estar acá, no puedes dejar sola a tu hermana en tan importante celebración, es tu deber como hermano mayor”.

Realicé mis oficios laborales y tomé tiempo para cumplir con mi familia. Una noche antes de partir, Esmeralda, mi esposa, después de hacer el amor, me dice que se siente algo extraña. Que percibe en mí indiferencia al momento de hacer el amor. Yo le contesté que era pura suposiciones, visiones que ella imaginaba y que de manera

auto reflejo las cargaba sobre mí. No pasa nada mi amor, todo anda bien; tu eres una hermosa mujer, tenemos dos lindos hijos, estoy contigo desde mis catorce años de edad, cómo puedo tener indiferencia hacia ti. “No sé -contesta- algo te pasa. Algo...”

En la mañana siguiente, después de una ducha reconfortable, veo a Esmeralda con una diminuta falda que deja ver toda la extensión torneada de sus piernas blancas, brillantes por la crema humectante de leche que usa, así como con una blusita mínima tapando sus dos hermosos senos de 34-B; se veía exageradamente sexy, provocativa. Los niños los dejamos con su madre y partimos hacia Guanare, nos esperaba unas seis horas de carretera.

Ya desde mi salida de casa venía excitado. Esmeralda no dejaba en el viaje de decirme lo mucho que le gustaría hacer el amor a la orilla del camino; “me parece muy erótico estar haciendo el amor y sintiendo el ruido de los carros al pasar, con el temor latente de que alguien nos descubra, ¿no te parece?” No supe qué contestar y casi en

igual sentido me vi parado en una intercepción montándome alocadamente a Esmeralda. Por lo que oí y vi, ella se excitó de sobre manera; me rasguñó con salvajismo la espalda; el brillo de sus piernas quedó entre mis muslos y su mínima falda sirvió para limpiar el resto de semen que no logró entrar. Casi temblorosa se recostó en el asiento y se dejó dormir. Seguí el camino mientras miraba a los lados, como sintiendo que era delatado por el solo hecho de andar en mi carro.

El sueño de Esmeralda fue largo, casi de tres horas; llegamos a la última estación de servicios que nos esperaba antes de la entrada a Guanare. Allí le pedí que se vistiera un poco más recatada y que se lavara, dado que el olor a cloro y flujos estaba por todo su cuerpo. Pedí una cerveza mientras la esperaba; al cabo de unos quince minutos me acerqué al baño a ver por qué tardaba tanto, allí la encontré, en la puerta del baño completamente desnuda. Me apresuré a acercarme y decirle que se cubriera, a lo que me respondió: “tardaste mucho en darte cuenta de que aún quería un

poco más”. Entré al baño e hicimos el amor en el suelo húmedo; entre olores de orine y excremento, fue idílico para ella. Yo sólo obedecía a sus instintos.

2

Caminé apurado, buscando averiguar si la resaca de anoche no había dejado alguna víctima. Ya se estaba haciendo costumbre que con unas cuantas copas de más terminaba por herir certeramente a quienes tan sólo tenían la culpa de ser mis amigos para esos asuntos tan depresivos como el vivir marginado en una sociedad de cobardes, de títeres y analfabetas. Al llegar al local de don Remigio, pregunté si había novedad, y si debía, por supuesto, alguna copa. Me contestaron que no: “todo anda bien poeta”. Por un instante me quedé envilecido. El hedor a cerveza, humo, hizo que me sintiera asfixiado; intentando salir me tropecé con la perra de don Remigio que yacía a un lado de la puerta. Se notaba triste, sus ojos estaban enrojecidos, vidriosos. No emitió murmullo con mi tropiezo. “Poeta,

no le pare, ese animal está muerto...”, dijo en tono seco don Remigio. “¿Cómo, la perra que llora ha muerto don Remigio? , pregunté, “si mijo, se nos fue esta madrugada...”, fue la respuesta que escuché y casi de inmediato me identifiqué con aquél animal; retraté toda una vida de caminos y alboradas en razón de aquel bar, de aquellas calles sudorosas que en las madrugadas hacían brillar de fiesta nuestras agotadas almas. Tomé asiento en una de las esquinas del bar, pedí un jarra de cerveza y un puñado de hojas color lejí; tomando fuertemente el lápiz de grafito que siempre guardaba detrás de la oreja, comencé a escribir, no sólo acerca de aquella perra que marcó buena parte de mi juventud, sino acerca de aquellos muchachos que hicimos lo posible por vivir en el trayecto de la vid.

Cuando don Remigio abrió el bar, ya existían a los alrededores del local algunas tagüaritas. El local era la casa de habitación de don Remigio, la cual heredó en su totalidad a la muerte de su esposa Estelita. Ellos venían de Bruzual, pueblo del estado Barinas en donde la exclusividad en los

negocios de caña no estaba bien vista. Debía prevalecer un lugar sin mayores adornos que unas butacas y un piso semibarrido. El común de la gente tenía que sentirse confortable en el lugar, como en el patio de su casa. Así entendía don Remigio el negocio.

La Guanare de aquella época, hablamos de comienzo de los setenta, estaba en franco crecimiento. La modernización del casco central de la ciudad era un hecho palpable y se habían instalado varios lugares nocturnos con un elevado nivel de elegancia y confort. Se hablaba en aquellos días de mostrar la ciudad espiritual de Venezuela al mundo. Afichez turísticos comenzaron a poblar las estanterías y el guanareño se estaba educando para recibir sus visitantes fieles a la devoción coromotana. Toda una revelación de ciudad, en la cual, hacia un extremo de sus límites ciudadanos, en la vía hacia Guanarito, se instaló el bar de don Remigio, hogar de la perra que llora.

En aquellos días de muchas elucubraciones realicé, intentando apartar de mí la

cotidianidad, esa bohemia que llegué a ver como un acto de suicidio, de flagelación hacia una entidad humana que se caía a pedazos en su interior. Aproximé la jarra de cerveza y tomando un sorbo fuerte empecé a recordar cómo había llegado a tanto dolor.

3

Llegué a pensar que nunca terminaría la novela. Ya había escrito innumerables veces el capítulo final; parecía inalcanzable llevar el personaje de Ruperto al final de un acontecimiento que le exigía ser real: mirar de frente.

Definitivamente la vida se va haciendo así misma; uno, como buen elemento de tránsito, sólo explora algunas posibilidades. Cuando comencé a escribir la historia de Ruperto Galíndez, por allá a comienzos del

siglo XX, jamás imaginé que tardaría toda mi existencia para contarla. Pero al fin, con mis noventa y ocho años acuesta he podido modelar el contorno final de un personaje que lleva parte de mí y parte de todos. Hice de Ruperto el hombre gallardo, atlético, inteligente, visionario, candente, que yo hubiese deseado ser si mi sexo fuera masculino. Jamás sentí ser mujer; le he reprochado a la naturaleza su equivocación, pero qué podía hacer, es una decisión difícil cuando ya los genes están hilando en el contorno de nuestra cosa. Nací mujer pero me ha tocado vivir con la sombra de ser hombre y de sentir como hombre.

A comienzos del siglo XX, Europa se encontraba llena de temores. Nací en Madrid, pero me crié en Salamanca; desde chica aprendí los gestos y conductas de una damisela. Me repugnaban esos vestiditos floreados con largos encajes; me moría por acariciar las piernas de mi maestra, que si bien era una doña de cincuenta y tantos años, las tenía macizas y de un color moreno acanelado que despertaba en mí el más sutil de los suspiros. Entre las niñas de mi edad

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

